

1

La degradación del poder

Este es un libro sobre el poder.

En concreto, sobre el hecho de que el poder —la capacidad de lograr que otros hagan o dejen de hacer algo— está experimentando una transformación histórica y trascendental.

El poder se está dispersando cada vez más y los grandes actores tradicionales (gobiernos, ejércitos, empresas, sindicatos, etcétera) se ven enfrentados a nuevos y sorprendentes rivales, algunos mucho más pequeños en tamaño y recursos. Además, quienes controlan el poder ven más restringido lo que pueden hacer con él.

Solemos malinterpretar o incluso ignorar del todo la magnitud, la naturaleza y las consecuencias de la profunda transformación que está sufriendo el poder en estos tiempos. Resulta tentador centrarse exclusivamente en el efecto de internet y las nuevas tecnologías de la comunicación en general, en los movimientos del poder en una u otra dirección o en si el poder «blando» de la cultura está desplazando al poder «duro» de los ejércitos. Pero estas perspectivas son incompletas. De hecho, pueden enturbiar nuestra comprensión de las grandes fuerzas que están cambiando la forma de adquirir, usar, conservar y perder el poder.

Sabemos que el poder está fluyendo de quienes tienen más fuerza bruta a quienes tienen más conocimientos, de los países del norte a los del sur y de Occidente a Oriente, de los viejos gigantes empresariales a empresas más jóvenes y ágiles, de los dictadores aferrados al poder a la gente que protesta en plazas y calles y, en algunos países, hasta comenzamos a ver cómo va pasando de hombres a mujeres y de los más viejos a los jóvenes. Pero decir que el

poder está pasando de un continente o de un país a otro o que está dispersándose entre muchos actores nuevos no basta. El poder está sufriendo una transformación fundamental que no se ha reconocido ni comprendido lo suficiente. Mientras los estados, las empresas, los partidos políticos, los movimientos sociales, las instituciones y los líderes individuales rivalizan por el poder como han hecho siempre, el poder en sí —eso por lo que luchan tan desesperadamente, lo que tanto desean obtener y conservar— está perdiendo eficacia.

El poder se está degradando.

En pocas palabras, el poder ya no es lo que era. En el siglo XXI, el poder es más fácil de adquirir, más difícil de utilizar y más fácil de perder. Desde las salas de juntas y las zonas de combate hasta el ciberespacio, las luchas de poder son tan intensas como lo han sido siempre, pero cada vez dan menos resultados. La ferocidad de estas batallas oculta el carácter cada vez más evanescente del poder. Por eso, ser capaces de comprender cómo está perdiendo el poder su valor —y de afrontar los difíciles retos que ello supone— es la clave para asimilar una de las tendencias más importantes que están transformando el mundo en el siglo XXI.

Esto no quiere decir, repito, que el poder haya desaparecido ni que no existan todavía personas que lo poseen, y en abundancia. Los presidentes de Estados Unidos y China, los consejeros delegados de J. P. Morgan, Shell Oil o Microsoft, la directora de *The New York Times*, la directora del Fondo Monetario Internacional y el Papa siguen ejerciendo un poder inmenso. Pero menos que el que tenían sus predecesores. Las personas que ocuparon esos cargos con anterioridad no solo tenían que hacer frente a menos rivales, sino que también estaban sometidos a menos limitaciones —las que imponen el activismo ciudadano, los mercados financieros mundiales, el escrutinio de los medios de comunicación o la proliferación de rivales— a la hora de utilizar ese poder. Como consecuencia, los poderosos de hoy suelen pagar por sus errores un precio más elevado y más inmediato que sus predecesores. A su vez, su reacción ante esa nueva realidad está alterando el comportamiento de las personas sobre las que ejercen el poder que tienen y poniendo en marcha una

reacción en cadena que afecta a todos los aspectos de la interacción humana.

La degradación del poder está transformando el mundo.
El propósito de este libro es demostrar esta afirmación.

¿HAN OÍDO HABLAR DE JAMES BLACK, JR.?

Las fuerzas que están impulsando la degradación del poder son múltiples, están entrelazadas y no tienen precedentes. Para comprender por qué, no piensen en Clausewitz, las listas de las quinientas empresas más grandes del mundo o el 1 por ciento más rico de la población de Estados Unidos que concentra una parte desproporcionada de la riqueza, sino en James Black, Jr., un jugador de ajedrez de una familia de clase trabajadora que vive en el barrio de Bedford-Stuyvesant en Brooklyn, Nueva York.

A los doce años, Black ya era un Maestro de Ajedrez, una categoría alcanzada por menos del 2 por ciento de los setenta y siete mil miembros de la Federación de Ajedrez de Estados Unidos; y solo trece de esos maestros eran menores de catorce años.¹ Ocurrió en 2011, y Black tiene muchas posibilidades de llegar a conquistar el título de Gran Maestro, una distinción que concede la Federación Mundial de Ajedrez de acuerdo con el desempeño del jugador en los torneos contra los mejores ajedrecistas de ese momento. El grado de Gran Maestro es lo máximo a lo que puede aspirar un jugador. Una vez logrado, es un título vitalicio.²

Con su título de Maestro, Black seguía los pasos del Gran Maestro más joven jamás habido en Estados Unidos: Ray Robson, de Florida, que alcanzó esa categoría en octubre de 2009, dos semanas antes de cumplir quince años.³

Black aprendió a jugar por su cuenta, con unas piezas de plástico y un tablero de cartón, y enseguida pasó a los manuales de ajedrez y los programas de ordenador. Su ídolo es Mijail Tal, un campeón mundial ruso de los años cincuenta. Lo que inspira a Black, además de su amor por el juego, es la sensación de poder que le ofrece. Como dijo a un periodista: «Me gusta dictar lo que tiene que hacer

el otro jugador»; imposible encontrar una expresión más clara del deseo innato de poder.⁴

Pero los logros de James Black y Ray Robson han dejado de ser excepcionales. Forman parte de una tendencia global, un nuevo fenómeno que está transformando el mundo tradicionalmente cerrado del ajedrez de competición. Los jugadores están aprendiendo y alcanzando la categoría de maestros a menor edad de lo que era la norma. Hoy existen más Grandes Maestros que nunca: más de mil doscientos, frente a ochenta y ocho en 1972. Cada vez es más frecuente que los recién llegados derroten a los campeones establecidos, por lo que la duración media de los reinados de los grandes jugadores está disminuyendo. Además, los Grandes Maestros actuales tienen orígenes mucho más variados que sus predecesores. Como observó el escritor D. T. Max: «En 1991, el año en que se desintegró la Unión Soviética, los nueve primeros jugadores del mundo eran soviéticos. De hecho, los jugadores formados en la URSS llevaban siendo campeones mundiales los 43 años anteriores, a excepción de tres».⁵

Ya no. Ahora hay más competidores capaces de escalar a lo alto de las clasificaciones de ajedrez y además proceden de una enorme variedad de países y entornos. Pero, una vez que llegan allí, les cuesta quedarse. En palabras de Mig Greengard, un bloguero especializado en el tema: «Hay doscientos tipos en el planeta que, con un poco de viento de cola, juegan lo bastante bien como para derrotar al campeón mundial».⁶ En otras palabras, para los Grandes Maestros actuales, el poder ya no es lo que era.

¿Cuál es la explicación de estos cambios en la jerarquía mundial del ajedrez? En parte (pero solo en parte), la revolución digital.

Desde hace algún tiempo, los jugadores de ajedrez tienen acceso a programas informáticos que les permiten simular millones de partidas con los mejores ajedrecistas del mundo. También pueden utilizar el software para calcular las repercusiones de cualquier posible jugada; por ejemplo, los competidores pueden repetir cualquier partida, examinar jugadas en diferentes situaciones y estudiar las tendencias de jugadores concretos. Es decir, internet ha ensanchado el horizonte de los jugadores de ajedrez en todo el mundo y, como

demuestra el caso de James Black, ha abierto nuevas posibilidades para jugadores de cualquier edad y origen socioeconómico. Incontables páginas web dedicadas al ajedrez ofrecen datos y posibilidades de competir a cualquiera que pueda conectarse a la red.⁷

Sin embargo, los cambios no se deben solo a la tecnología. Pensemos, por ejemplo, en el caso del joven campeón noruego Magnus Carlsen, otro fenómeno del ajedrez que en 2010, cuando tenía diecinueve años, se convirtió en el jugador número 1 del mundo. Según D. T. Max, el éxito de Carlsen se debía, más que a ejercitarse en internet, a lo heterodoxo y sorprendente de sus estrategias (en gran medida, gracias a su prodigiosa memoria): «Como Carlsen ha pasado menos tiempo que la mayoría de sus colegas en el ordenador, tiene menos tendencia a jugar como ellos. Se fía más de su propio juicio. Eso hace que sea un rival difícil para jugadores que recurren a programas informáticos y bases de datos».⁸

La demolición de la estructura tradicional del poder en el ajedrez mundial también está relacionada con los cambios experimentados en la economía global, la política, la demografía y los patrones migratorios. La apertura de fronteras y el abaratamiento de los viajes han dado a más jugadores la oportunidad de participar en torneos en cualquier parte del mundo. La mejora de los niveles educativos y de salud infantil, así como la expansión de la alfabetización y los estudios de matemáticas, han ampliado las reservas de posibles Grandes Maestros. Y en la actualidad, por primera vez en la historia, vive más gente en las ciudades que en el campo, un fenómeno que, unido al prolongado período de crecimiento económico del que han disfrutado muchos países pobres desde los años noventa, ofrece nuevas posibilidades a millones de familias para las cuales el ajedrez antes era un lujo inasequible o incluso desconocido. Porque no es fácil convertirse en un ajedrecista de primera categoría para alguien que vive en una remota granja de un país pobre sin electricidad, o que no tiene ordenador, o que debe dedicar muchas horas al día a obtener alimentos o a llevar agua a casa. Para que internet pueda ejercer su magia y multiplicar las posibilidades, deben darse muchas otras condiciones.